

Orígenes de la sociedad



RACIAS sean dadas a Dios! Por fin, y tras largas y molestas jornadas hemos arribado al punto central y mas importante de nuestro estudio. ¡Un año largo hemos empleado en "divagar", y caminar de una parte a otra, en busca de la senda verdadera. Ello dice poco en nuestro pró; pero al menos la confesión disminuirá nuestra

falta.

Comenzamos estos artículos con el fin único de demostrar la tesis **CATOLICA**, eminentemente católica del origen divino del poder. Y lo hicimos porque hoy falsamente informados y con una ignorancia mas que supina, no pocos católicos en Filipinas y fuera de Filipinas, hacen de ella chacota y la creen una idea descabellada, propia de los tiempos del obscurantismo medioeval, para acogerse a la "muletilla" del gobierno por el pueblo, para el pueblo y del pueblo; gobierno que ni ha existido, ni existe, ni es posible exista jamás, fuera de las cabezas de unos cuantos idealistas, que son los primeros en quebrantar los postulados de tal principio. "Of the people, for the people, by the people"! Valiente ironía! Y allí donde exista tal gobierno que levanten el dedo. No haya cuidado que lo levante nadie.

Hemos dicho y volvemos a repetir que las monarquías, al igual que las repúblicas, sean estas aristocráticas, o sean democráticas—que tambien hay repúblicas aristocráticas, o al menos las hubo—necesitan para su existencia un gobierno. Esto solo podría negarlo un desequilibrado, pues ni los mismos volshhevikis lo ponen en duda. El supremo moderador en la monarquía, al igual que el moderador supremo de las repúblicas, es un hombre, como los demás. En calidad de tal no puede, ni debe aducir derecho alguno para reinar sobre los otros hombres, que son sus iguales. El presidente Coolidge de Estados Unidos, "the home of the free" y la mas democrática de todas las democracias—¡eso quisieran ellos!—y el Kaiser Guillermo, antes, como es natural, de ser compelido a "tomar las de Villadiego" y "poner piés en polvorosa", que se suponía ser el mas déspota de todos los imperialistas, con la única excepción del Czar Nicolás de Rusia, o el Sha de Persia, son tan hombres como los demás y no tienen, en cuanto tales, mas derecho a mandar que obligación el último mendigo a obedecer.

La fórmula con que se encabeza la Constitución Americana, "God created all men equal" o para ser mas exactos "that all men are created equal", en medio de su "embustez fundamental"—y estoy dispuesto a defender esta frase en cualquiera parte—contiene una gran verdad o unas cuantas grandes verdades, las mismas precisamente en que no pensaron quizá los que tal constitución escribieron. Y esa verdad fundamental es la de que todos, al nacer, traemos los mismos atributos, los mismos constitutivos esenciales, la misma animalidad y racionalidad y aún, según opinión particular mía, en la misma cantidad.

Si, pues, todos nacemos iguales en cuanto hombres, no hay razón para que este o el otro se arrogue por si y ante si derechos y privilegios de mando, por llamarse Borbon u Holenholer, o por apodarse sencillamente Roosevelt o Coolidge.

Y sin embargo... llovía. Quiero decir; es un hecho y una verdad fundamental en el orden social y político, sin cuya verificación la vida social sería imposible, que esos

hombres, llámense presidentes, o reyes, o emperadores tienen derecho a mandar y que los súbditos estamos obligados a obedecer. Negar esta verdad equivaldría a destruir el orden social y a proclamar el derecho a la anarquía, lo cual sería lo mismo que destruir la sociedad.

De estos dos hechos tan claros y tan sencillos, que toda persona equilibrada debe admitir, se desprende esta pregunta: ¿Qué es lo que hace que Coolidge o Alfonso XIII tengan derecho a mandar, estando obligados los demás ciudadanos a obedecerles, dentro como es claro, de sus propias naciones?

La respuesta es bien sencilla y la sabe cualquiera. Los supremos gobernadores y lo mismo debe decirse de cualquier otra autoridad, poseen un algo... que hemos dado en llamar autoridad, precisamente. Y porque tienen esa autoridad, que los demás no tenemos, pero que podemos tener, pues de nuestra misma madera estan hechos los que hoy mandan, pueden dar leyes y hacer que esas leyes se cumplan y castigar a los que las quebrantan.

Filosofía mas sencilla no podría encontrarse en parte alguna, y no se quejaron los amables lectores de que hablamos en sentidos parabólicos o figurados, ni que nuestro lenguaje sea elevado y castizo en demasia.

Mas la cuestión se complica y se hace mas y mas difícil cuando se pretende investigar, y, lo que es mas curioso, cuando se trata de "encontrar" las fuentes de donde mana ese "poder", que se comunica a algunos hombres y que no tienen otros; comunicación que les da a aquellos el derecho de mandar y a estos el deber de obedecer, so pena de la sanción moral y, lo que se siente mas, de la sanción "penal".

Una observacioncita antes de emprender la campaña, que nos tememos va a ser difícil, de demostrar la tesis Católica del sitio donde deben buscarse las "fuentes" de donde mana el "poder". No queremos que esta observación se nos cueza en el buche.

Las ciencias, dicen, que son el producto del esfuerzo humano. ¡Bueno! Quizá! La Historia, dicen, que es el estudio científico de los sucesos pasados. ¡Bueno también! ¡Quizá! Y no tenemos por qué entrar hoy en la discusión de esas afirmaciones, que, por de pronto, nos permitimos poner en duda en el fuero de nuestra conciencia y ante los amables lectores y lectoras de **ESTUDIO**, a los que acaso demos la razón de nuestras dudas, en mejor ocasión.

Lo que nadie podrá negar es que, a medida que avanzan los siglos, las ciencias se van complicando mas y más; las ideas, en vez de clarificarse, parece como que se enturbian; el aluvión de nuevos descubrimientos va cayendo incesantemente sobre las fuentes de los conocimientos, que en los comienzos de las ciencias eran sencillos y "a la buena de Dios", para dar lugar a "teorías" "hipótesis" "imaginaciones" y a toda una "retaila" de opiniones individuales, que hace casi imposible la investigación y búsqueda de la verdad.

Y cuando uno, tras prolongadas vigiliat e incontables sudores, trabajando como un negro en ese acerbo de hipótesis, teorías y opiniones, llega a encontrar algún granito de verdad, y la compara con los conocimientos del "hombre prehistórico" se encuentra con que lo que para él es nuevo y que creía desconocido, era cosa que los antiguos tenían olvidada de puro sabida.

No somos enemigos de las ciencias; a ellas hemos consagrado lo mas florido de nuestra juventud y lo mas rico de nuestra alma. En sus aras y en su servido hemos inmo-

lado nuestra juventud, pudiendo decir que somos "viejos prematuros", porque esa ciencia, cual vil vampiro, chupo toda la sangre de nuestras venas y toda la sabiduría de nuestros años mozos. Pero reconocemos que a medida que en su estudio avanzamos, perdemos más y más la confianza y entusiasmo al encontrarnos con que "no es tanto el ruido como las nueces".

Ni los antiguos eran tan ignorantes como se nos figura, ni nosotros hemos destruido sus mejores posiciones. Al contrario; a esas posiciones tenemos que acogernos, cuando queremos sentar el pie en lo firme.

Pues bien, y a lo que vamos. En ciencia política es donde, tal vez, más que ninguna otra hay que acogerse a lo que enseñaron los antiguos. Al estudiar los modernos

sistemas de gobierno, y las nuevas y novísimas ideas sociales, se encuentra uno con una serie tal de hipótesis y de "palabras huecas" y bonitas, que no queda ganas, sino de encerrarse en los pergaminos e infolios de los primeros tratadistas de ciencia política. En ellos es donde se puede encontrar alguna verdad.

Nosotros, para contestar a la pregunta sobre el origen del poder, ya hemos dicho en otro artículo que nos acogemos al campo y a la ciudad de Tomás de Aquino, y adentrándonos por su admirable "De Regimine Principum", pensamos dar cima a este nuestro estudio.

Quien quisiera seguirnos, que nos siga.

FILADELFO.

Las dos razones

"**D**ONDE no hay razón, hay razones", dice un refrán. No se verifica eso en el hombre, en el estudio del cual, y por de dentro, estamos enfrascados, no sabemos si para bien o para mal, que ello son otros los que lo han de juzgar.

Hasta la saciedad hemos repetido y aun hemos de volverlos a repetir, pues queremos que los lectores conserven clara la idea, que en el hombre hay dos elementos constitutivos; el animal y el racional, la materia y el espíritu, que hace veces de forma, el cuerpo y el alma.

Reducir el estudio del hombre a la fisiología, a la biología, a la bioquímica es el gran absurdo cometido por la mayor parte de los psicólogos experimentalistas, que han empezado por prescindir de la parte anímica, de la parte racional, del espíritu.

Contentarse con el análisis de el espíritu y de sus facultades, sin coordinar su funcionamiento con la parte animal, es el otro escollo en que no debe caer ningún pensador serio.

Nosotros no quisiéramos pertenecer ni a los primeros ni a los segundos. Hemos explicado someramente el concurso que aporta el animal al conocimiento. No hemos entrado en detalles, porque nos hubieran llevado demasiado lejos; hemos dado lo que se nos figura más importante de las enseñanzas escolásticas en esa materia.

Al pasar del cuerpo al alma, nos hemos encontrado con que esta tiene cuatro facultades, o para hablar con más exactitud y según que haremos notar más adelante, dos facultades, entendimiento y voluntad, una de las cuales, el entendimiento, obra de cuatro maneras diversas, reci-

biendo según cada caso un nombre diverso.

En nuestro último artículo estudiábamos, a la ligera y tal cual puede hacerse en una revista no científica y escrita para los no iniciados, la INTELIGENCIA. Tácanos hoy hablar sobre LA RAZON.

LA RAZON. Aún a trueque de repetir algunas de las ideas anteriormente expuestas, vamos a hacer notar a los lectores lo siguiente, que creemos muy necesario para la recta intelección de lo que más adelante habremos de decir.

Así como la verdad del objeto o verdad objetiva son las mismas cosas, física o metafísicamente reales; así el sujeto de la verdad es el entendimiento humano, que es como medido por las cosas y que a ellas se adapta, siendo tanto más verdadero cuanto más se adapte a la realidad.

Los que quieren que el hombre sea libre en la formación y aceptación de la verdad olvidan este gran principio de sana filosofía: Las cosas no son verdaderas porque tal se nos figuren o tal queramos nosotros. Lo son por sí mismas y en sí mismas. No podemos gloriarnos de poseer la verdad, sino cuando la idea mental y el concepto que formamos de las cosas, está conforme con la realidad, bien sea física, ora metafísica, de las mismas.

Si yo entiendo que la serpiente tiene patas, o que el caballo ostenta dos protuberancias oscas que llamamos cuernos, por mucho que yo me empeñe en decir que poseó la verdad, siempre será cierto que estoy en un error; error a cuya defensa nadie habrá que me conceda derecho. Mi conocimiento no está conforme con la naturaleza real de la ser-

piente, que reptas y no tiene patas, ni con la del caballo que carece de cornamenta.

Trasladen los lectores este ejemplo a cualquier otro orden de cosas y obtendrán la medida cierta y verdadera de la verdad humana.

Podemos considerar, según que ya hemos advertido, y estudiar el entendimiento humano bajo diversos aspectos. En cuanto que simplemente entiende o percibe la verdad de las cosas; en cuanto que compone y divide, es decir, en cuanto que forma juicios afirmativos (componer) o negativos (dividir) con dos ideas, al compararlas entre sí; en cuanto que es discursivo y va de lo conocido a lo desconocido; y, por último, en cuanto que puede entender y de hecho entiende sus propios actos.

Toda esta, que parece jerga ininteligible, no lo es ni mucho menos. Lo difícil es dar con la terminología popular. Todo el mundo sabe que la palabra mesa o silla representa una idea; pues bien la facultad con que entendemos las ideas simples se llama la Inteligencia; lo mismo se dice de la intelección de juicios simple y de evidencia inmediata.

Cuando digo que la "mesa es de madera", ya no tengo una sola idea, sino dos y estas unidas por el verbo ser, al que los escolásticos dieron el nombre de cópula, o unión. He formado un juicio compositivo; juicio, porque afirmo una cosa de otra; digo que la mesa es de madera y no de marmol; compositivo porque afirmo una propiedad de una cosa y uno en el juicio ambas ideas.

Si en vez de ser el juicio afirmativo lo hacemos negativo y decimos: "la mesa no es la silla" tendremos un juicio divisivo,